

puede denominarse social". Déjesenos diferir —en esto— del gran maestro de la antropología filosófica. Para nuestro punto de vista, la relación entre dos *todavía no es SOCIAL aunque ya haya dejado de ser INDIVIDUAL*. Es intersicológica, está a punto de convertirse en social, puede repercutir en lo social y puede ser influida por ello; pero, por sí misma, *no* es social. Lo social implica un objetivar la interrelación humana, y esa objetivación no es posible dentro de la mutualidad dialógica; cada miembro de la diada puede objetivar al otro; pero, sólo por desdoblamiento —por intervención de su yo social— puede objetivar *su relación* con el otro.

Hay en esta discrepancia nuestra —a más de consideraciones sustantivas— un factor que conforma semiconscientemente nuestro pensamiento: muchas lenguas distinguen entre singular, dual y plural, y si bien el dual no se restringe a lo humano, es probable que —como en muchas otras cosas— en esto, el hombre, esté haciendo al mundo a su imagen y semejanza. Quizá haya reconocido así, inconscientemente, que la relación dialógica (interpersonal) puede convertirse y enmarcarse en una más amplia relación dialéctica (impersonal o suprapersonal), sin confundirse con ella.

A nosotros nos ha parecido —siempre— que la sociología construye castillos en la arena cuando descuida su conexión con lo antropofilosófico. Juzgamos, por ello, que es bueno y conveniente el que esta revista sociológica incluya, al lado de temas que despiertan el interés más amplio, éstos que, aunque lindan con lo filosoficosocial, son indispensables para una correcta interpretación sociológica y para una utilización humana de la sociología.

Oscar Uribe Villegas

"Sociologie des Relations Internationales" "Sociology of International Relations". *Transactions of the Sixth World Congress of Sociology. Actes*

du Sixième Congrès Mondial de Sociologie. Volume I. International Sociological Association. Association Internationale de Sociologie, 1966, pp. 67-161.

Dentro del volumen primero de la *Memoria del Sexto Congreso Mundial de Sociología*, esta sección incluye los estudios de R. C. Angell, de Fedoseev (o Fedoseyev) y de Galtung. El primero hace una revisión de los estudios empíricos y experimentales que se han publicado en los últimos años sobre la Sociología de las Relaciones Internacionales; el segundo habla de la estrategia de la paz en la época nuclear, y el tercero, al enfocar el problema de los conflictos internacionales, busca elevarse a lo sociológico por la vía estadística.

* * *

Angell señala que la expresión "sociología de las relaciones internacionales" no ha tenido uso suficiente como para que haya acuerdo general respecto de su contenido; de ahí que evite la definición y busque, inductivamente, cuál es ese contenido, mediante el examen de los trabajos publicados sobre la materia.

Encuentra, así, que en estos estudios, es general el interés: 1º por las influencias extra-gubernativas (que se manifiestan en los contactos directos que las personas y los grupos establecen por encima de las fronteras), 2º por las relaciones domésticas que afectan las decisiones gubernativas internacionales y, 3º por las interacciones que se establecen entre los representantes oficiales de los Estados y de las organizaciones internacionales.

Antes de revisar las publicaciones consagradas a esa temática, Angell señala que se propone excluir de la misma: 1º las que *no* usan el análisis sociológico (lo cual nos parece muy prudente); 2º las que reflejan las relaciones entre metrópoli y colonia (lo cual resulta más discutible); 3º las que se refieren a la acul-

turación de los migrantes (que cabría bien en la rama más amplia que hemos dado en denominar “sociología de las relaciones intergrupales”) y, 4º las que tienen que ver con las actitudes hacia los extranjeros (sector en el cual es mucho lo que pueden lograr los sicólogos sociales, más que los sociólogos). Aunque no digamos nada de las otras exclusiones, debemos señalar que las relaciones metropolitano-coloniales tienen tanto la substancia sociológica (en su mayor riqueza) como aquello que es propio de lo internacional (en su sentido propio, y no en el reducido de “lo interestatal”). Por eso, resulta totalmente injustificada una exclusión como ésta, que algún malintencionado podría atribuir a motivaciones ideológicas protectoras del colonialismo.

Angell adscribe los estudios incluidos a dos categorías diferentes: la de aquellos que estudian las relaciones de causalidad en el nivel de la organización internacional, y la de los que estudian tales relaciones dentro de la división por países. Los primeros son 39; los segundos, 61. En sendos apéndices recoge —además— 6 estudios empíricos que tratan de los patrones de interrelación, y otros 6 de carácter experimental.

En el último de esos apartados, incluye publicaciones que le permiten referirse a la antigüedad de los “juegos” militares (practicados por los estrategas en este siglo desde 1929, y desde la segunda guerra mundial por los sociólogos científicos). Como juegos estratégicos sociopolíticos, han sido defendidos estos experimentos: 1º por su función didáctica; 2º porque sacan a la luz algunas variables importantes que descuidan quienes estructuran la política, y 3º porque, estando como están suficientemente próximos del mundo real, a su través se pueden explorar políticas alternativas.

Al abarcar el conjunto, juzga que: de entre los 106 estudios, hay unos pocos verdaderamente grandes (que han sido realizados por politólogos), pero que el campo correspondiente se ha cubierto a saltos (en buena parte, porque hay mu-

chos investigadores que disponen de pocos fondos para sus trabajos).

Piensa también (el propio Angell) que desde la época en que el darwinismo fue aplicado al estudio de las relaciones internacionales (por Glumpowicz, Ratzenhofer y Novicov), los investigadores se han alejado más y más de la teoría, y que la sociología de las relaciones internacionales no podrá progresar mientras no puedan producirse nuevas y más acertadas hipótesis (fructíferas) gracias al estudio empírico.

* * *

El estudio de Fedoseyev, más que revisorio y taxonómico, tiene mucho de crítico y de prospectivo. El problema de la paz lo estudia —más o menos— en términos de una sociología aplicada y militante. Para él, debe incluir éste: un análisis de las razones y fuentes de peligro bélico; una crítica de los conceptos pseudocientíficos que tratan de justificar la agresión; una búsqueda de la posibilidad de prevenir una nueva guerra mundial (y eliminar la agresión local), y una comparación de los diferentes enfoques de dicho problema.

“La Guerra como Maldición Eterna” constituye el principal de los conceptos pseudocientíficos a que se refiere, pues las guerras surgen de condiciones sociales definidas y son utilizadas como medios específicos para lograr determinados fines económicos y políticos. El enfoque que ve en ella un elemento inseparable y orgánico del progreso humano constituiría la contrapartida optimista de ese pesimismo. Pero aún hay otro enfoque —científico— que estudia, en forma primaria, sus causas socioeconómicas.

La tesis militarista tuvo —en el pasado— el apoyo pseudocientífico de los socioorganicistas. Las depredaciones del capital —según el lenguaje de Fedoseyev—, se *enmascararon* como deberes nacionales; la pugna por los mercados y la captura de fuentes de materias primas y esferas de influencia y hegemonía mun-

dial, *se representó* como si fuera una pugna por los intereses vitales nacionales. Y, aunque esas teorías resultan ya insostenibles (y en buena parte han sido desechadas) persiste la tendencia a considerar a la guerra como algo inherente a la naturaleza humana.

En el otro extremo, ya Voltaire y Diderot vislumbraron la conexión entre la guerra y la búsqueda de riquezas, y Chernyshevski demostró que las anexiones respondían al interés material de las clases ricas. W. James emitió opiniones análogas, y Nicolai escribió que “las guerras principian sólo cuando la cultura ha puesto las bases para amasar propiedades”. El marxismo tuvo el mérito de hacer una distinción importante: mostró que las guerras no se originan en los intereses materiales del pueblo (considerado como un todo) sino en los de las clases dominantes.

Como manifestación moderna de antiguas manipulaciones, Fedoseyev denuncia las de quienes consideran que “los conflictos militares están vinculados con el tránsito de la sociedad tradicional a la moderna”. Los suyos suelen ser —según dice— intentos para desorientar a la opinión. Por desgracia, no muestra que sea ése. *siempre*, el caso, pues prefiere proceder por vía deductiva, y asegurar que esa conexión es imposible, “porque el desviar ciertos recursos de los usos pacíficos hacia los bélicos representaría un freno para el desarrollo”. “Esa conducta —da por supuesto— sería irracional”; pero, por desgracia, la historia muestra que no solemos obrar siempre en forma racional.

En esta conexión, le parece a Fedoseyev que es indispensable redefinir los esfuerzos de liberación nacional como una “pugna por la libertad, la soberanía nacional y la independencia”.

Por otra parte, él no considera que la guerra tenga como alternativa única el “balance del terror” que los teóricos burgueses —según su decir— consideran como base indispensable de la paz, pues también existe como alternativa —y co-

mo alternativa preferible— la coexistencia pacífica. “Un orden mundial basado en la ‘mutua intimidación’ no es la mejor forma de fortalecer la seguridad internacional.” “Un mundo sobresaturado con armas termonucleares —dice— es un vivac colocado sobre un volcán.”

El problema de la coexistencia pacífica (examinado por Russell, Fromm, Galtung, Etzioni) se discute cada vez más. La necesidad de prevenir la guerra mediante una implementación práctica, ha hecho que muchos comiencen a considerar que la misma no es pura maniobra táctica del comunismo, sino necesidad vital, impuesta por la presente situación internacional. Sin embargo, Fedoseyev introduce una precautoria digna de atención y aplauso, pues indica que la coexistencia pacífica *no* se puede concebir como medio de preservar el *statu quo*, ya que eso equivaldría a repudiar el progreso.

Una estrategia sensata de paz en la era nuclear puede proporcionarla —según reconoce— un sistema de seguridad mundial, y “los sociólogos, por su parte, pueden contribuir a ella si concentran sus esfuerzos de investigación científica en todos los aspectos del problema de la coexistencia pacífica, tomando en consideración las condiciones históricas concretas de nuestro tiempo”.

* * *

La aportación de Galtung —por su parte— es más ceñidamente metodológica y técnica. No dice saber lo que es bueno; pretende buscarlo —en el terreno del conocimiento, antes que en el de la acción— por los mejores medios.

El marco de referencia que ofrece para el estudio de las relaciones internacionales se basa en el concepto de “dimensión por rango”. El poder, la economía, la cultura de una nación, en el plano internacional, pueden colocarse en una escala de rangos, y puede afirmarse que las acciones y reacciones de ese país en la escena internacional estarán, más o menos, en función del nivel relativo que

ocupe en ella con relación a los restantes países.

De acuerdo con Galtung, una dimensión de éstas es “una variable y, como cualquier otra variable, sus valores, llamados ‘rangos’ son mutuamente exclusivos”. A diferencia de muchas otras variables, “una dimensión de rangos se ordena ‘por completo’”. En este sentido, son *equivalentes para este método* —en forma mucho más clara que para la estadística general, que habla de “rangos ligados”— todos *aquellos elementos que no son, en esto, mutuamente exclusivos*.

Para que el marco opere, hay un supuesto básico: el mismo de la movilidad social. Ha de haber consenso en el sistema, en el sentido de que “hay que buscar los rangos altos y evitar los bajos”. Había algo de esto, y de este tratamiento, en una nota nuestra, divulgatoria de los procedimientos de Livi-Lehner para la medida de la distancia social, que se publicó en la *Revista Mexicana de Sociología*.

Galtung traza un cuadro de doble entrada. En su vertical cubre las posiciones “a las que pertenecen” y en su horizontal aquellas “a las que desean pertenecer” las unidades del sistema (naciones, individuos, etcétera). En las casillas se aprecian, así, los deseos de movilización social. Más concretamente, aparecen: en la diagonal principal, los deseos de no cambiar; hacia abajo de ella, los de ascender; hacia arriba, los de descender (también posibles). En los dos vértices extremos de la diagonal secundaria, se muestran las situaciones en que se extrema la voluntad de ascender y descender, respectivamente.

El cuadro —como es fácil ver— sólo es aplicable, en su forma original, cuando el sistema permite la movilidad; no lo es en casos en que éste es adscriptivo (como ocurre, respecto del sexo, en Noruega, o de la casta, en India).

Galtung define —en seguida— la pendiente de una dimensión por rangos. Se trata del cociente que resulta de dividir la diferencia de quienes desean ascender

(minuyendo) y de quienes quieren descender (sustraendo), entre el total de los cambios permitidos (igual a su vez, a todas las casillas del cuadro menos las que indican situaciones de inmovilidad o de deseo de no cambiar de posición).

Aunque la notación original de Galtung podría aceptarse (sin los paréntesis que introduciríamos en ella), para mayor claridad puede transcribirse su fórmula como sigue:

$$G = \frac{(U \rightarrow T) - (T \rightarrow U)}{N - [(N \rightarrow U) + (T \rightarrow T)]}$$

Quienes solemos dudar cuando el autor no aclara todo lo posible, pensamos que: puesto que Galtung consideró en la tabla un sistema de *tres* rangos (U, M, T.) convendría que incorporara en la fórmula no sólo los casos representativos (U → T, T → U) sino también los otros (M → T, T → M, M → M), o que (en la alternativa) redujera su cuadro a las dos dimensiones U y T.

Para presentar las categorías fundamentales, Galtung recurre a otro cuadro de doble entrada. En él, considera: en la vertical, el número de unidades (naciones, por ejemplo); en la horizontal, el número de dimensiones (poder, riqueza, etcétera). Los casos posibles quedan tipificados gracias al entrecruzamiento de una, *dos* o varias unidades, y de una, *dos* o varias dimensiones.*

Respecto del cuadro, podríamos hacer notar que *una* unidad, en un sistema *uni*-dimensional, *ni siquiera tiene el rango* que (generosa, pero equívocadamente) le reconoce Galtung, pues éste surge de la comparación de *dos unidades*, por lo menos, o de la posición de una unidad en, por lo menos, un sistema de *dos dimen-*

* Notemos, de paso, que la ciencia actual suele dar validez a una distinción no sólo de lo único frente a lo múltiple, sino de lo uno frente a lo doble y de lo doble frente a lo múltiple, que justificaría el uso separado de un número *dual* en los sistemas lingüísticos antiguos y quizás, en alguno “primitivo” superviviente.

siones, ya que es un concepto *relacional*.

Tras indicar todas las combinaciones posibles, Galtung las estudia separadamente, y desprende (en capítulo aparte) una serie de proposiciones: son las resultantes de un análisis multidimensional por rangos. A este capítulo, lo subsigue una "teoría dinámica de los sistemas de clase, del sistema mixto y del sistema igualitario", cuatro modalidades que coloca en los cuatro vértices de un rectángulo. Las elaboraciones ulteriores le llevan a establecer proposiciones como las siguientes:

Una unidad que es, en forma consistente, *top dog*, presionará en favor de una interacción que le dé mayor influencia (sistema más comprensivo).

Una unidad que, de modo consistente, es un *underdog*, presionará en pro de la interacción que le lleve a entrar en contacto con el *top dog* supremo.

Una unidad que tenga un patrón inconsistente presionará en pro de aquella interacción, de dentro del sistema, en la que pueda colocarse en posición más alta.

En sus conclusiones, Galtung reconoce que si bien su método, su técnica (más que su "teoría", pues ésta resultará de la amplia aplicación más que del simple diseño) tiene un poder explicativo considerable, también es cierto que "no lo tiene ilimitado [pues] muchos conflictos no tienen que ver con el rango, sino con otros valores".

Esto no obsta para que, con su método, se hayan recogido ya frutos en algunas investigaciones empíricas. Galtung es, además, uno de los sociólogos que no ha desdeñado discutir, colaborar, aceptar sugerencias y reconocer la aportación de colegas latinoamericanos (concretamente, chilenos).

Un examen —así sea breve— de éstos y de otros trabajos del Congreso de Evian muestra que la sociología de las relaciones internacionales se encuentra en un punto crucial de su desarrollo: que

si éste se produce en forma conveniente, esta rama puede constituir un centro irradiador de influencias benéficas para la Sociología toda. Ésta, después de haberse apartado del estudio de la sociedad humana total y de las sociedades globales, y de haberse abismado en el de sus grupos componentes, tendrá que coordinar sus hallazgos en una nueva síntesis que explique —en un contexto más amplio— las múltiples interacciones de los hombres y de los grupos humanos. Y el camino para esa síntesis tienen que proporcionarla: por un lado, la sociología de las relaciones intergrupales; por otro, la investigación comparativa internacional.

Oscar Uribe Villegas

Michael Banks: "Two Meanings of Theory in the Study of International Relations" *The Year Book of World Affairs*. Stevens and Sons. London, 1966, pp. 220-40.

En enero de 1966, se reunió en Londres la Décima Conferencia sobre la Enseñanza Universitaria de las Relaciones Internacionales. En ella se sepultó una vieja disputa y se suscitó una nueva. A nadie preocupa ya saber si el tema tiene o no jerarquía académica; importa a todos, en cambio, determinar cuál es el carácter que ha de tener la teorización correspondiente.

En el seno de la conferencia, surgieron, así, dos grupos: el de los clasicistas y el de los conductistas (o *behavioristas*). En tanto los últimos enfatizaban el carácter científico del tema, los primeros cargaban el acento en su aspecto prudencial (basado en las impresiones, en la intuición, en el criterio).

Los abogados del conductismo seguían siendo, en la fecha, minoría entre las cátedras inglesas; pero el número de quienes en él se interesaban era ya considerable. Como que, si bien Lyon, al hacer un examen de los textos empleados, encontró que en ellos sigue impe-